



El poeta Irazoki presentará la próxima semana en San Sebastián su nueva obra literaria. :: BARBARA LOYER

«Lo importante es siempre incompatible con la vanidad»

Francisco Javier Irazoki Escritor

El escritor navarro afincado en París presentará el jueves en la librería Lagun el libro de textos breves 'Ciento noventa espejos'

:: ROBERTO HERRERO

SAN SEBASTIÁN. Editado por Hipión, la nueva obra de Irazoki (Lesaka, 1954) está compuesta por lo que al autor denomina «una especie de sonetos en prosa». Al igual que en algunos de sus títulos anteriores, como 'Los hombres intermitentes' u 'Orquesta de desaparecidos', prosa y fondo poético se mezclan en este libro que contiene un prólogo y 95 textos, todos ellos escritos con 190 palabras.

–Dice que al ceñirse a ese número exacto de palabras ha querido conocer la medida de su libertad creativa. ¿Qué ha averiguado?

–He comprobado que encerrar la expresión en un número reducido de frases no disminuye mi libertad. Las noventa y cinco piezas del libro son una especie de soneto en prosa. Para escribirlas, he luchado sin angustias verbales.

–¿Se reconoce en cada uno de estos espejos?

–Cada una de las palabras es un espejo donde miro placeres musica-

les, encuentros, viajes, caretas políticas, lecciones recibidas. En ninguno de mis libros existe la ficción.

–Varios de sus libros caminan entre la poesía y de la narrativa. ¿Los 'espejos' dónde los sitúa?

–La poesía es el núcleo de todas mis páginas. No quiero encerrarla en una celda literaria. Si la poesía debe quedar recluida en un espacio limitado, con aduaneros sectarios, nos despedimos de ella. En Francia sorprende la severidad con que los españoles trazamos las fronteras poéticas. Perciben la poesía en cada fragmento de prosa de Baudelaire, Lautréamont, Michaux o Char.

–¿Este libro viene a decirnos que en buena parte estamos hechos de los otros?

–Al menos es mi experiencia. Desde niño me dijeron que tenía una personalidad fuerte. Sin embargo, lo mejor de mí ha sido construido por los encuentros con hombres y mujeres. He integrado sus enseñanzas y confieso con gratitud que esas personas son a menudo mis principales habitantes.

–Leyendo el libro percibo que usted es un lector de bondades ajenas. ¿No se siente en dirección contraria a los mayoritarios odios y envidias?

–Ni me lo planteo. Desconozco el fracaso de sentir envidia. Ahora sé de dónde viene el escudo que me

protege de ella. Nací en una familia de personas económicamente muy modestas, pero con moral firme. Mi padre era un santo alegre. Mi madre, una mujer valiente. Mi hermana me superaba en agudeza y honrada. He crecido celebrando esas cualidades. A partir de ahí, aplaudo la destreza ajena.

–Cita al escritor Krzyzanowski, silenciado por el régimen soviético, y añade «que no se debiera ignorar el placer de las páginas escritas por un artista desobediente». ¿Cuál es su concepto de escritor desobediente aquí y ahora?

–Me gusta especialmente el artista que se expresa por necesidad, sin prever recompensas. Alguien a quien la mayoría de las creencias políticas le parecen atuendos sociales y peticiones de afecto. Alguien que no acepta una etiqueta para simplificar su compromiso íntimo. Alguien que abraza sin corear los estribillos partidistas. Alguien que se niega a convertirse en un místico de la geo-

«Me gusta especialmente el artista que se expresa por necesidad, sin prever recompensas»

grafía. Un solitario para el que las banderas no envuelven profundidades humanas.

–Apunta en otro de los capítulos que no hay que olvidar «que la escritura es un oficio humilde». ¿Autores y lectores lo sienten así? ¿No se valora más el ser importante?

–Usted sabe que lo importante es siempre incompatible con la vanidad. No condeno a los que buscan alivio en la fama. Pero disfruto con la imagen del artesano que se inclina ante sus herramientas. Aprecio a ese hombre sordo a los aplausos. Guida con paciencia su oficio y no tiene tiempo para pedir ningún premio. Y si llega algún reconocimiento, dice gracias y regresa pronto a su pequeño taller de palabras.

–Dedica uno de los capítulos a una cena en Arzak, de la que dice «viajamos al paraíso y volvemos con él». ¿La cocina puede ser arte y, si es así, cuándo sucede?

–A veces el paraíso cabe en la boca. La gastronomía es arte cuando Ar-

«La bondad no es un regalo de la Naturaleza, sino una conquista intelectual»

zak te sube a una montaña con el primer bocado que te sirve. Supongo que Adrià, Arguiñano, Aduriz, Berasategui o David de Jorge trabajan con parecido talento. Y hace dos años fui feliz sentado a una mesa del Kasino de Lesaka.

–En otro de los textos, escrito antes de que le dieran el Nobel de Literatura a Bob Dylan, destaca su gran valía literaria y también la de Leonard Cohen. ¿Qué le parece que muchos hayan despreciado ese premio para Dylan?

–Opino que esas personas prejuzgan con tristeza aristocrática. Dylan y Cohen son dos juglares modernos. Están acompañados por Patti Smith, Peter Sinfield y otros roqueros con ingenio verbal. Cohen empieza siendo escritor, publica varios libros valiosos antes de añadir música a sus textos. Siempre tuvo una gran inteligencia para transmitir poesía en formatos diferentes. Y Dylan difunde una libertad que rebasa la rebeldía cómoda de muchos de sus seguidores.

–¿'Ciento noventa espejos' es un libro para leerlo en dosis cortas, dejando tiempo para el reposo?

–Prefiero que se lea con calma, pero me niego a dar órdenes irrisorias. No soy quién para hacerlo. Sólo le digo que aparto los relojes cuando escribo. Vuelvo a la figura del artesano lento y minucioso. Cada una de mis líneas nace de la paciencia.

–¿Las imágenes que le devuelven estos espejos le explican la razón por la que es escritor?

–Sí. Esas imágenes explican que he elegido la literatura para descargar un peso sucesivo. Camino más ligero después de dejar en las páginas unas experiencias vividas. Así ha sido desde mi infancia.

–Quienes lo conocemos valoramos mucho su bondad. ¿Se siente un hombre bueno? ¿Se puede ser una buena persona sin que la vida golpee aún con más fuerza?

–Prefiero hablar poco sobre esto. Hace más de dos décadas, el poeta Jorge G. Aranguren me entrevistó. Le dije unas frases que, con matices, sigo suscribiendo. Se las leo: «La moral exige secreto; la exhibición denota impostura. Si practico una conducta verdaderamente moral, nadie se enterará». Creo que la bondad no es un regalo de la Naturaleza, sino una conquista intelectual. A cambio de nada, sin la ilusión de las recompensas, uno dialoga con su conciencia y elige el comportamiento. Aunque la vida siga golpeando.

–Tras veinticuatro años viviendo en París, dígame algo de sus habitantes que le siga emocionando.

–Me sobran motivos para admirarlos. Aquí continúa sin apoyo la xenofobia que crece en el resto de las regiones. El cruce de culturas y el antirracismo son oxígeno para la inmensa mayoría. Tengo la fortuna de vivir en el distrito 11 de la ciudad. Los fabricantes de muebles desaparecieron cuando se construyó la segunda Ópera de París, pero nos dejaron dos costumbres: el trato afable y el respeto por la intimidad. Llegaron lo que yo llamo filósofos ricos: pintores, músicos, fotógrafos, diseñadores que han triunfado. Contribuyeron a reforzar el ambiente agradable. Mis vecinos combinan la discreción con una fraternidad al acecho. El grito es extranjero.